

Charo Garcés/Jan Peter Nauta

Transporte interno



Almacenes La Española

江苏工业学院图书馆

Transporte Interno

Charo Garcés/Jan Peter Nauta

Transporte interno



Colección "Venga a leer"
Dirigida por Lourdes Miguel y Neus Sans
Serie "Almacenes La Española"

Diseño de colección: Angel Viola
Cubierta: OLE-STUDIO, Madrid

© Charo Garcés y Jan Peter Nanta
Difusión, S.L.
Madrid, 1991

Segunda edición
Tercera edición, 2005

ISBN: 84-87099-21-1
Depósito Legal: M-12923-1991
Impreso en España - Printed in Spain
Gráficas Rama S.A.
Francisco Remiro, 8, 28028 Madrid

1

— Abuela, plánchame esta blusa, anda...

Son las siete de la tarde de un precioso sábado de primavera. Marisol Carvajal está a punto de entrar en la ducha. No trabaja los sábados, y por eso ella y su abuela han ido a comer a un restaurante; luego se han ido a tomar un café en una de las terrazas del Paseo del Pintor Rosales. Desde allí se tiene un magnífico panorama del oeste de Madrid, el Palacio Real y la Casa de Campo¹. Cuando empieza a hacer buen tiempo, los madrileños aprovechan cualquier momento para salir, tomar el primer sol de primavera, y olvidar el frío invierno de Madrid. En tardes así, la abuela de Marisol se pone especialmente habladora, más de lo que ya es normal en ella.

— ¿Sabes lo que te digo, hija? Me apetece estar otro rato aquí, sólo son las cinco y no vamos a ir a casa ahora para ver la televisión, ¿verdad? ¿Por qué no te tomas otra copita? Ay hija, si esto lo hubiera conocido tu abuelo que en paz descansa², con lo que le gustaba la primavera. Y siempre hablándome de la capital, que “cuando tengamos un poquito de dinero nos vamos a la capital”, pues ya ves, no le ha tocado verlo, y si tú no te hubieras decidido a estudiar, pues, a lo mejor seguiría yo en Luarca³ mirando esos malditos barcos, quién sabe. Llama al camarero, anda guapa, y me pides una copita para mí también, que no todos los días empieza la primavera.

— De acuerdo, abuela, pero ya sabes que a las siete voy a salir.

— ¿Adónde tienes que ir, hija?

— ¿No te acuerdas que hoy es la despedida de José Iribarne?

— José Iribarne... ¡Ah!, el de contabilidad.

— El gerente, abuela, el gerente.

— Bueno, el gerente, qué más da... Mira, ahí viene el camarero, llámale, que si no, no se entera, estos chicos de ahora ya no saben lo que es ser camarero, lo que se dice un buen camarero.

Marisol llama al camarero, un chico de unos veinticinco años.

— Nos traes un licor de manzana, por favor, y... ¿tú qué quieres, abuela, un Sansón⁴?

— No, me apetece una copita de anís⁵.

— Y un anís —le dice Marisol al camarero— Oye, ¿tenéis tabaco?

— ¿Qué tabaco quieres?⁶

— Winston.

Estuvieron charlando en la terraza hasta las seis y me-

dia. Marisol le contó a su abuela el extraño caso de los libros que desaparecen de la sección de librería y que, dos o tres días después, vuelven a aparecer entre las sartenes de la sección de menaje, o detrás de las corbatas de la sección de caballeros, o escondidos entre los juguetes de la sección infantil.

— Es un caso raro —dice Marisol— A ver qué explicación tienes tú para esto, abuela.

— Ay hija, a mí qué me preguntas. Hay casos que no tienen explicación. O simplemente éste no es un caso. La gente en Madrid ve ladrones por todas partes. ¿Y si se trata de un pobre hombre al que le gusta leer?

Cogieron el coche y se fueron a casa. Antes, Marisol vivía en un piso en Argüelles, un barrio muy cerca del Paseo del Pintor Rosales, pero cuando se murió el abuelo, hace tres años, la abuela se vino a vivir con ella. A los pocos meses se cambiaron de piso y ahora viven en el Barrio de la Estrella, en un piso moderno, cerca de la calle O'Donnell, donde está "La Española".

— Abuela, pláncame esta camisa, anda...

— Trae. ¿Te vas a poner la falda nueva?

— No, me pongo el traje. Es una despedida oficial, en el Meliá Castilla⁷, y tengo que ir formalita.

— Bueno, mientras tú te duchas yo te plancho la camisa. Para eso estamos las viejas... —dice la abuela, y se ríe.

— ¡Abuela, no digas esas cosas...

— Anda, dúchate ya y no me contestes, ¡que estás más guapa callada⁸!

Y riéndose, la abuela empieza a planchar la camisa.

A las siete y diez, Marisol entra en el hotel. No le gusta llegar tarde, pero en Madrid muchas veces es difícil encontrar aparcamiento, también los sábados por la tarde. Cuando llega al Salón Carlos III, donde se va a celebrar la despedida de José Iribarne, se da cuenta de que ella no es la única persona con problemas de aparcamiento: de las casi trescientas personas que se esperan, sólo ha llegado la mitad.

En los almacenes “La Española” solamente hay dos personas que conocen a todas las demás: José Iribarne, gerente durante más de ocho años, y Rosarito García, la señora de los servicios. Marisol, jefa del Departamento de Personal, lleva dos años en la empresa y conoce a casi todo el mundo.

Al fondo de la sala, Rosarito está en el centro de la atención de un grupo numeroso de empleados.

— ¡Enhorabuena⁹, Rosarito!

— Y ahora, ¡a vivir!

— Yo creía que la lotería nunca le tocaba a nadie...

— ¿Se va usted a comprar un chalet?

— A ver cuándo nos invita a cenar...

Y muchos comentarios más que Rosarito escucha con una amplia sonrisa en la cara. Se acerca Marisol para ver qué pasa.

— Le ha tocado un premio —le comenta Juan Fernández de Castro, jefe de la sección de libros— Dos millones y medio.

— ¡Pues, enhorabuena, Rosarito —le dice Marisol— Ya puede usted hacer ese viaje a Roma que tantas ganas tenía de hacer.

— Pues justamente esta mañana —dice Juan Fernán-

dez de Castro a Marisol— le quise regalar una guía de Roma y fíjate: había desaparecido. Ya es la tercera guía en quince días. A ver dónde la vamos a encontrar esta vez.

— ¡Ay madre! ¡A Roma! Marisol, no sabes la ilusión que me hace. El lunes iré a pedirte... ¿cómo se llama eso?

— Excedencia, pero si quiere, puede llamarlo vacaciones, Rosario —contesta Marisol.

3

José Iribarne está hablando con el nuevo gerente, un hombre de unos cuarenta años, rubio, con un traje impecable, y una mirada que parece decir: bueno, ya está bien de fiestas, vamos a trabajar.

— Señorita Carvajal —le llama José Iribarne— Mire, le quiero presentar al nuevo gerente de la empresa, el señor Mario Neckermann. La señorita Carvajal, nuestra jefa de personal.

— Mucho gusto —dice Mario — Espero que nuestra colaboración sea fructífera. Pero de este tema hablaremos el lunes a primera hora en la oficina.

— Encantada de conocerle —contesta Marisol, sorprendida por el tono algo frío del señor Neckerman. José Iribarne se da cuenta de la situación un poco incómoda.

— Ya verá usted, señorita —dice— habrá muchos cambios en la empresa. La dirección general me lo anunció hace tiempo, pero les dije que yo, a mis años, no podía enfrentarme a tantos cambios y por eso he decidido jubilarme ahora. Bueno, creo que ha llegado el momento del discurso.

El señor Iribarne y Mario Neckerman se dirigen a un rincón de la sala. Marisol, todavía confundida por la actitud del nuevo gerente, mira a su alrededor. Ve a Julia, su

secretaria, hablando con otras personas. Se acerca al grupo para saludar.

— ¡Qué traje más bonito! —le dice Julia.

— ¿No me lo habías visto? Me lo compré hace tiempo.

— Pues no, no lo conocía. Oye, luego te voy a presentar a mi hermano.

— ¿Tu hermano?

Pero Julia no tiene tiempo de explicar qué hace su hermano en la despedida de José Iribarne, porque éste ha empezado su discurso.

— “Señoras y señores: ustedes saben que soy hombre de pocas palabras; por tanto, seré breve. Ante todo, quiero agradecer su presencia aquí. Durante los más de ocho años que he dirigido esta empresa, he llegado a conocer personalmente a todos ustedes y creo que este contacto personal ha sido siempre en beneficio de “La Española”. Estoy convencido de que una empresa no puede funcionar si no hay una base de confianza personal entre la dirección y los empleados. Yo siempre he intentado dar confianza. Hoy, que les hablo por última vez, quiero pedirles que den su confianza a mi sucesor. Yo me retiro ya, dentro de algunos meses volveré a Bilbao, ciudad donde nací y pasé mi juventud y donde espero pasar algunos años más. Seguro que allí volveré a pensar con mucha frecuencia en todos ustedes y en esta sucursal madrileña de “La Española” que no podría existir sin su esfuerzo diario. Muchas gracias”.

Después de los aplausos, muchos empleados se dirigen a José Iribarne para despedirse personalmente de él. Julia le dice a Marisol:

— ¿Y a ti qué te parece lo de la confianza?

— Iribarne es un poco especial, ya lo sabes, pero en el fondo es buena persona.

— Ya. Bueno, tú lo sabrás mejor que nadie.

En ese momento, se acerca un hombre. Marisol no lo conoce. Es alto, moreno y tiene los ojos azules.

— Mira, Marisol —dice Julia— éste es mi hermano Diego.

— Hola —dice Diego— Tú eres Marisol Carvajal, ¿verdad? Julia me ha hablado muchas veces de ti.

— Cuéntale por qué has venido, Diego —le dice Julia.

— Pues mira, soy diseñador. Ayer me llamaron de la oficina central de “La Española” porque quieren un cambio de imagen en la empresa y van a empezar aquí. Esta tarde he hablado con el nuevo gerente y el lunes a primera hora nos reunimos para hacer un plan general. Bueno, ¿queréis una copa?

— ¿El lunes a primera hora? —pregunta Marisol.

— Sí. ¿Te parece extraño? Dime, ¿qué quieres tomar?

— Algo fuerte.

4

José Iribarne ha invitado a un pequeño grupo de colaboradores de “La Española” a cenar. A las nueve, cuando la mayoría de los empleados ha abandonado ya la sala Carlos III, José Iribarne le dice a Marisol:

— Si le parece, vamos al restaurante ya. ¿Podría avisar a los demás? Les espero allí a las nueve y media.

— De acuerdo, don José. No se preocupe. Hasta ahora.

Marisol avisa a los colaboradores más cercanos al antiguo gerente y luego se despide de Julia.

— Pues nada, hija, nos vemos el lunes.

— Bueno, pues, que os divirtáis y...no comas mucho.

— No te prometo nada —se ríe Marisol.

— Cuidado, porque tengo un espía. Mi hermano también va a cenar con vosotros. ¿No es verdad, Diego? — dice Julia.

— Sí, me ha invitado el señor Neckermann. Por cierto, tú sabrás dónde está el restaurante, Marisol. Yo, como no soy de aquí...

— Si quieres, te llevo en mi coche. El restaurante está bastante lejos.

— Vale, gracias —contesta Diego— Oye, hermana, aquí tienes las llaves del coche. Llévalo tú a casa, por favor. Así no tengo que volver a por él más tarde. Es que —se dirige a Marisol— de momento me quedo a vivir en el piso de Julia. Si me tengo que quedar mucho tiempo en Madrid, a lo mejor alquilo algo.

Marisol y Diego se despiden de Julia y van en busca del coche. Hace una noche de primavera muy agradable; hay luna llena.

— ¿A qué restaurante vamos? —pregunta Diego, una vez que están dentro del coche.

— Se llama “El asador de Aranda”. Comida castellana: tortilla, jamón, queso, y luego asado de cordero¹⁰.

— Y vino tinto.

— Y vino tinto, claro. Mucho vino tinto. Oye, y tú...¿cómo es que te han elegido a ti para esta operación de cambio de imagen?

— Ya me parecía a mí que te sorprendiste cuando te lo conté. ¿No sabías nada del proyecto?

— Pues no, la verdad es que no me habían dicho nada. Las relaciones con la oficina central no son muy buenas últimamente y me imagino que sólo han hablado con el nuevo gerente. ¿A ti qué te parece ese Neckermann?

— Me paga por este trabajo.

— No te estoy preguntando eso.

— Perdona —dice Diego— Pues, mira, Neckermann me conocía porque hace dos o tres años hice un diseño para la empresa donde él trabajaba antes, en Barcelona. Mi trabajo le gustó y por eso me ha llamado ahora.

— Tiene acento catalán¹¹.

— ¿Neckermann? Sí; siempre ha vivido en Barcelona. Su madre es catalana. Su padre era un alemán que vino a España después de la guerra. Vamos, después de la Segunda Guerra Mundial¹². Montó una fábrica de zapatos, que es lo que había estado haciendo en Alemania antes de la guerra, y se casó. Murió cuando Mario tenía tres o cuatro años. Desde entonces, su madre llevó la fábrica pero a Mario no le gustaba el negocio de los zapatos y se fue a estudiar marketing¹³ a Estados Unidos.

— Como yo.

— ¿Estudiaste en Estados Unidos? —pregunta Diego, sorprendido.

— Sí, hice un master¹⁴ de psicología industrial en la universidad de Boston. Bueno, hemos llegado. Allí está el restaurante.

Marisol aparca el coche. Al entrar en el restaurante, ven que la mayoría de los invitados ha llegado ya. Están tomando un aperitivo en la barra, de estilo castellano rústico con mucha madera oscura. Al poco rato, un camarero dice:

— Por favor, señores, ya pueden pasar. La mesa del fondo.

Todos buscan un sitio en la mesa. Diego se sienta al lado de Marisol.

— Oye —dice en voz baja— ¿Quién es el señor de la barba?

— Juan Fernández de Castro, de la sección de libros. Entre nosotros, la barba no le va, pero él cree que le da

un aire intelectual —contesta Marisol, y se ríe— Y luego, el bajito es Felipe Romero. Antes trabajaba en la sección de accesorios del automóvil pero le acaban de ascender. Ahora es el jefe de la primera planta. Y la mujer del vestido negro es Carmen Miranda. Entró hace unos meses, después de un problema que tuvimos con el antiguo contable.

— ¿Qué problema?

— Bah, tonterías; ya te lo contaré algún día.

Diego se acerca al oído de Marisol y pregunta:

— ¿Y esta señora que está a mi derecha?

— Es Candi, de alta cosmética, la mujer de Juan Fernández.

— Ya me parecía a mí que olía demasiado a Poison¹⁵

En ese momento, los camareros traen botellas de vino.

— ¡Tinto de Valbuena¹⁶! —dice Diego a Marisol— El señor Iribarne sabe lo que es bueno.

Cuando los camareros han servido el vino, se levanta José Iribarne y dice:

— Amigos, propongo un brindis por “La Española”

— ¡Por “La Española” y por José Iribarne! —exclama Juan Fernández.

— ¡Por José Iribarne!

5

A la mañana siguiente, cuando la abuela se levanta, Marisol no está. En la mesa de la cocina hay una nota:

“Abuelita, hemos ido a tomar un café al Retiro¹⁷. Después daremos una vuelta por la Sierra¹⁸. No me esperes para comer. Te he dejado el desayuno en la mesa, sólo tienes que calentar la leche. Un besazo”.

La abuela no se sorprende. Ni siquiera se pregunta con

quién se ha ido Marisol al Retiro. Bueno, sí, en algún momento se lo pregunta. ¿Con Alberto, ese chico tan guapo que se parece tanto a Antonio Banderas¹⁹? Aunque, pensándolo bien, últimamente Alberto no ha aparecido por casa. ¿Con Tomás, el dueño del gimnasio? Huy, Tomás, todo músculo, pero un poco tonto, eso sí. Marisol ya se lo contará a su abuela, tarde o temprano. Siempre se lo cuenta todo.

— Mira, bonita²⁰, a mí no tienes por qué contarme nada — suele decir la abuela— Además, ya me hago yo una idea; puedo ser vieja pero de tonta no tengo un pelo, ¿entiendes? Si te contara...

6

— ¡Para hoy! ¡Para hoy! ¡Para hoy!²¹

Como todos los días, de lunes a viernes, Faustino, el ciego, vende sus cupones de lotería a la entrada de los almacenes “La Española”. Pero hoy es un lunes especial. Faustino sabe que el viernes pasado vendió un número de la suerte a Rosarito García y varios empleados más. A medida que van saludando a Faustino, se suceden las felicitaciones y comentarios.

Faustino conoce a todos los empleados por el sonido de sus pasos, el olor de su colonia o de su tabaco, o el ruido de su coche. Sin embargo, hoy escucha el ruido de un coche nuevo que entra en el aparcamiento subterráneo; un minuto más tarde, oye pasos nuevos, enérgicos; huele una colonia que no conoce. Ha entrado en “La Española” el nuevo gerente, Mario Neckermann Castells.

A las diez en punto, los jefes de sección, los jefes de planta y los responsables de transportes, contabilidad, relaciones públicas y personal entran en la sala de reuniones.

Es la hora de la reunión semanal: allí se discuten los problemas de la semana anterior y los planes para la semana que acaba de empezar.

Cuando todos están sentados, entran, por la puerta que comunica la sala de reuniones con el despacho del gerente, Mario Neckermann y Diego Vázquez.

— Buenos días —saluda Neckermann— Espero que hayan tenido un agradable fin de semana y que hayan descansado. Hoy, en la primera reunión como gerente de esta sucursal de “La Española”, voy a anunciarles la existencia de una serie de planes totalmente nuevos. Planes, señores y señoras, que van a exigir mucho de ustedes: trabajo, esfuerzo, incluso sacrificios, sí, no se lo voy a ocultar; pero también imaginación y creatividad. Como resultado tendremos una empresa más moderna, más competitiva, y más a la altura de los tiempos. España se está desarrollando, estamos en Europa. Tenemos que aprender a ver “La Española”, no como una tienda donde vienen a comprar las señoras del barrio, sino como parte de un mercado grande, europeo, continental. Hoy daremos el primer paso en esta dirección. Tengo el placer de presentarles a Don Diego Vázquez Leite, diseñador de gran reputación, que desde Zaragoza, donde vive habitualmente, ha venido a pasar unas semanas con nosotros. En colaboración con representantes de la empresa de informática “Compu-System”, el señor Vázquez estudiará todos los movimientos que hay en esta sucursal, y nos presentará un plan para mejorar el transporte interno, los espacios de venta, la atención al cliente, la publicidad, etc. Esta semana y la próxima, tendremos conversaciones con cada uno de ustedes por separado, para hacer un primer inventario de las necesidades. Hemos establecido un horario, que luego podrán consultar con mi secretaria. Ahora les invito a tomar un café en la cafetería para